

se fueron sumando los acontecimientos positivos hacia el país. En relación con Estados Unidos, el año se abre y se cierra con decisiones contundentes: la administración Reagan cancela en febrero las medidas que entraban las exportaciones norteamericanas a Chile, y —en diciembre— el senado, a petición del ejecutivo, aprueba una ley de ayuda al exterior que incluye —entre otras iniciativas— levantar la prohibición de venta de armas que pesaba sobre Chile. La historiada enmienda Kennedy pasó así a la historia.

Las avanzadas diplomáticas de nuestra cancillería cosecharon una recompensa proporcional en los foros internacionales. Si en 1980, ocho países favorecieron a Chile con su votación en la Organización de Naciones Unidas (ONU) —en lo referente al modo como se vive el tema de los derechos humanos—, en 1981 una veintena de gobiernos se pusieron del lado nuestro. Desde luego, y por vez primera, Estados Unidos. Además, fue aprobada una resolución que universaliza el fondo fiduciario creado originalmente para favorecer a las supuestas víctimas chilenas de violaciones de los derechos humanos.

Días más tarde —siempre en noviembre—, la misma fortuna se desplazó desde la sede de la ONU, en Nueva York, hasta la caribeña isla de Santa Lucía. Allí, durante la undécima Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA), se puso fin a otra discriminación que lesionaba la dignidad chilena: después de mucho batallar en años anteriores, ahora el caso chileno fue tratado en igualdad de condiciones con los restantes países del continente.

El año 1981, sin embargo, no se anima a bajar de la balanza sin antes lamentar que aún subsista el diferendo austral con Argentina. En enero se cumplió un plazo papal —aunque no fatal—, para responder a la propuesta de Juan Pablo II. Chile contestó positivamente en el periodo previsto: la solución pontificia era "justa, equitativa y honorable para las partes". Argentina, en cambio, dejó pasar el año y todavía no responde al Santo Padre. Desde Roma, el Pontífice solicita una y otra vez que "se resuelva pronto la larga y penosa controversia". Tras la última crisis institucional trasandina, el aceleramiento y el feliz desenlace del proceso mediador tienen un nombre: Leopoldo Fortunato Galtieri. Chile ya ha puesto todos los medios para completar su parte. Y, al reconocerla, se es y no se es juez y parte; porque de acuerdo a un escueto informe de la cancillería argentina, el Nuncio Apostólico, monseñor Ubaldo Calabressi —en vísperas de la Navidad—, entregó al nuevo ministro Costa Méndez una nota de Juan Pablo II con una exhortación a la paz.

José Miguel Armendáriz ■

JAIME GUZMAN

El año viejo



Es cierto que la vida se nos va día a día, minuto a minuto, segundo a segundo. Se nos escurre en el solo e implacable paso del tiempo. Sin embargo, el año es la medida que la humanidad ha escogido para registrar esa realidad en forma más patente.

Por eso, los fines de año son época propicia para balances y estadísticas en todas las actividades humanas y sociales. Es una forma de medir y evaluar la vida. Pero, más allá de eso, el último día del calendario nos golpea con el paso de ese tiempo ya ido, de ese que nunca volverá.

De ahí que siempre me haya resultado más impactante y emotivo el Año Viejo que el Año Nuevo; la tarde del 31 de diciembre que el amanecer del primero de enero.

Entre los sentimientos que se agolpan en esa última tarde del año, siento con particular fuerza el recuerdo de las personas cuya amistad o actividades uno compartió durante el año que termina, y que ya no están entre nosotros. Personas a quienes el 31 de diciembre pasado, tal vez jamás imaginamos que en la misma fecha de este año, sólo podríamos visitarlas en el cementerio.

Las preguntas nos interpelan, entonces, acuciantes e insoslayables. ¿Cuál de los seres queridos o de las personas que hoy gravitan en nuestras vidas o en el acontecer nacional, quizás habrán ya partido el 31 de diciembre del año próximo? ¿No estará uno mismo entre ellos, siendo acaso éste el último fin de año en que tal reflexión nos sea concedida desde esta vida?

A más de alguien, lo anterior puede parecerle una expresión negativa de fatalismo. Pienso, en cambio, que la muerte es la única perspectiva realista desde la cual se dimensiona adecuadamente nuestra vida. Ella desnuda y enjuicia nuestras pasiones, al paso que sitúa en su sabido lugar nuestros anhelos, éxitos y fracasos.

Enfocada con la fe cristiana —don supremo para quienes la hemos recibido—, la muerte nos ayuda además a

orientar nuestro actuar cotidiano, proyectándolo hacia esa disyuntiva ineludible y real (que el mundo pretende ignorar, pero que diariamente nos jugamos), entre el premio de participar por una eternidad de la Gloria Divina, o el castigo de su eterna ausencia en el infierno.

Pero tengamos o no la fe cristiana, la muerte es la atalaya desde la cual nuestro pasado conocido y nuestro futuro incierto se contemplan integrados por la visión iluminadora que nos brinda nuestra verdad más radical.

Y como "partir es morir un poco", la idea de un año constituye una oportunidad inmejorable para ascender a reflexionar desde ahí.

Nada me parecería más erróneo que la eventual creencia de que ello podría debilitar nuestra alegría de vivir o nuestro espíritu de superación y de combate. Colocar nuestra existencia de cara a la verdad no sólo será siempre lo único realista, sino, además, lo que mejor nos permitirá encontrar a nuestra vida un sentido último que la guíe, con una combinación de fuerza y paz interiores, suficientes para superar las peores tempestades, desorientaciones, angustias o vacíos del alma humana.

Entre todos los balances de fin de año, hay uno que no podría faltar: el que a cada cual compete, en la intimidad de su conciencia, respecto de su propia vida, a la luz de rectos y exigentes principios morales.

La meditación serena en la tarde del Año Viejo aparece como una oportunidad insuperable para ello. Así, los abrazos y buenos deseos de Año Nuevo reflejarán la verdadera alegría que brota de profundas decisiones hacia una superación personal, y no ese escapismo con que tantos buscan eludir sus responsabilidades y desafíos más fundamentales, evadiéndose en un bullicio hueco y febril.